

## **Santa Maria kalea / Calle de Santa María (Evocación)**

---

Se puede afirmar, sin mucho riesgo a equivocarse, que los pueblos con pasado conservan, por lo general, como museo viviente de su historia la parte que antaño fue de intramuros. Una *alde zarra* que hoy, por el inevitable devenir del tiempo, ha quedado corta e insuficiente al lado de otros trazados urbanos que procuran responder de la manera mejor posible a las exigencias de la sociedad de nuestros días.

Lo que en nuestra villa de Tolosa conocemos por la Parte Vieja, denominación inusual hasta años que uno recuerda, por la razón sencilla de que no existía como entidad relevante la llamada *Zona Nueva*, la completa una imagen de conjunto logrado con acierto, que si sabemos mirar lo tenemos a la vista. Sus angostas calles rinden, las más, en la plaza correspondiente, sin echar en olvido, ni mucho menos, los algo sibilinos pasadizos, no exentos de peculiaridad, que predisponen sin mucho esfuerzo a que nuestro magín pose en los pretéritos acaceres locales de naturaleza diversa.

En la Parte Vieja, a la sombra y en derredor del templo parroquial y de la Casa Consistorial, recién restaurada con esmerado cuidado, ha discurrido, sin prisa, generación tras generación, la vida de muchos tolosanos que nos precedieron y de cuyo legado disfrutamos, si bien esto último pasa inadvertido en hartas ocasiones. ¡Entrañable Parte Vieja de Tolosa, testigo mudo de nuestra historia!

En nuestros días, nos movemos inmersos en una conducta febril, de acelerado desasosiego y prisa, que no se sabe a dónde nos puede conducir; mas, por fortuna, contamos asimismo con rincones que conservan todavía el vestigio o huella de un ayer de sugerente motivación.

Dentro del viejo Tolosa, como un poco ajena a la vida que le rodea, una calle que mantiene aún el añoso ambiente singular es la que primitivamente

recibió el nombre de *Jesús*, más adelante de *Elizaldea*, y hoy se halla rotulada como *Santa María Kalea* o Calle de Santa María.

Esta calle, arrumbado el adoquinado por el piso de asfalto, arranca de la Plaza que le da su nombre, soporta el antiestético acceso a unas plazas de garaje y se cierra hasta dar con la casa de la familia Larrañaga, en cuyo bajo se ubicaba la sidrería de *Txortxi-Tolare Berrieta*, con la atenta y servicial Anttoni sentada en pequeña silla de mimbre junto a la canilla de una ventruda *kupela*. Concurrida especialmente durante la *temporada de la sidra*, aquí, en esta sidrería de Larrañaga, *Txortxi*, entre trago y trago se comentaba de todo lo habido y por haber, con naturalidad no exenta de picardía inofensiva. Ambiente de sidrería que he conocido, común a otras de igual género, que de manera particular subía de tono al atardecer de *Jueves Santo*, a continuación de la concurrida procesión y antes de los *maïtines* o *donaberek* que precedían a la anárquica y bullanguera zarabanda de las matracas o *karrakas*. Nada de particular, pues, que después, del *muuri...* del Miserere de mi inolvidable amigo Ignacio Moco-roa Damborenea –cuyo centenario de nacimiento (1902/2002) lo tengo bien presente–, su padre Eduardo, a la sazón Maestro de Capilla de la iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Asunción, exclamase con acento de cierta jocosidad: “Qué potencia..., señores..., qué potencia...”.

Recreado en esta breve rememoración costumbrista proseguiré el informal callejeo de pretensión limitada, valiéndome para ello del bastón de mis recuerdos, enriquecidos con algún dato que pertenece al predio de la historia.

La fábrica de *Boinas Elósegui*, fundada a mediados del siglo XIX, la veo en tres construcciones enlazadas. La primera de ellas, junto a los contrafuertes del templo parroquial, se hallaba retranqueada del resto. En un pretil de poca altura que daba a la calle se apoyaban cuatro columnas de hierro sobre las que descansaba una techumbre en plano inclinado, que daba lugar a un cobertizo en el cual se improvisaba un modesto frontón. En este frontón, la puerta en la pared derecha facilitaba el juego marrullero, era el *simitorio* o *zimitoriaoa*, donde tantas horas de nuestra niñez y juventud hemos pasado.

Una de las puertas de entrada al edificio central nos llevaba al Colegio de los Hermanos del Sagrado Corazón, *los franceses*, cuyas aulas frecuenté. En esta casona, de patio interesante que lo podemos admirar por la oportuna y feliz atención prestada por el aventajado artista pintor Manuel Domech, estuvo la Armería Real desde el año 1630, así como, más adelante, se instalaron los establecimientos municipales de venta de carne y pescado. Una pasarela comunicaba con el resto de la mentada empresa *Elósegui*, que se acercaba al edificio con escudo en uno de los laterales y una placa dedicada al escultor Juan Lope en la fachada principal. En esta casa, levantada donde estuvo la curtiduría de *Tximela*, residieron los Hermanos del Sagrado Corazón, y más tarde en sus bajos conocí la *Cooperativa La Protectora*, de la

*txapel fabrika* y de varias industrias papeleras. Hoy, en estos locales tiene su sede la Sociedad *Urdiña Txiki*.

Atresaré la calle. Junto con otras entidades populares o recreativas, que contagian de vida y calor al pueblo en fechas determinadas, evocaré unas pocas actividades laborales cuyo emplazamiento se me antoja idóneo y armonioso en esta vía pública.

La casa que hace esquina con el primer callejón contaba con una fuente adosada a la fachada, que hoy, y es una pena, hace historia. En el bajo que ocupa la Sociedad *Aurrera Kirol Elkartea*, tengo presente a una carbonería, y a los años, a la Sociedad *Veleta, Aiz-Orratz*.

Cruzaré la calleja. Aquí nos encontramos con la Sociedad *Laiotz*, antes almacén del pescadero Víctor Martínez, y en la puerta siguiente, lo que fue el garaje de Pedro Artola pertenece al *Gure Kayola*, por ampliación del local contiguo de esta Sociedad.

En la manzana siguiente los organeros Sancho, padre e hijo, Constanzo (sic) y Benigno, respectivamente, enfrascados en la labor artesanal del montaje de un armonio o en el encolado de algunas piezas de piano en reparación. Un poco más adelante –y esta referencia se la debo a José Antonio San Sebastián–, donde Joaquín Azcolain tuvo la “Ebanistería Mecánica y Tapicería”, la fábrica de gaseosas y limonadas de Francisco San Sebastián.

Cerca de la Sociedad *Kabi Alai*, en plano algo retirado de la calle, visitaba el sugerente estudio de Juan Lope, con meritorios trabajos a medio terminar, y a dos pasos de aquel taller, un pasadizo dedicado al artista nos conduce a la *Agintari Kalea* o Calle del Emperador.

En más de una ocasión pude escuchar a mis mayores que en esta calle se podía ver la armería de Luis Unanue, *Luis Armerua*, y a una tejedora, a la que llamaban *Mira al cielo*, accionando los pedales del telar.

Antiguamente, el 15 de agosto, día de la Asunción de Nuestra Señora, no pasaba inadvertido en la Calle de Santa María. A su celebración colaboraban los vecinos, más adelante de ello se responsabilizó la fábrica de boinas, y últimamente su organización y sostenimiento corrieron a cargo de la Sociedad *Gure Kayola*, hasta los albores de los años novecientos cincuenta, que es cuando por un motivo u otro cayó en olvido este sencillo recordatorio festivo.

No hay duda de que la *Santa María Kalea* o Calle de Santa María actual y la que de manera somera he pretendido describir a través de estas líneas, poco se parecen. Nos descubren una transformación radical que en nada favorece a la visión o perspectiva de conjunto.



Calle de Santa María: evocación = Santa Maria kalea: oroitzapena / Juan Garmendia Larrañaga. – En: *Gure Kaiola 1927-2002*. – Tolosa: [Gure Kaiola], 2002. – [112]p. :il. ; 28 cm. – P. 16-22. – OC. T. 9, p. 577-580